

deje algun ensanche á vuestra humildad, al deseo que tenéis de prepararos bien, y que no dilate demasiado el fruto que podeis sacar del don divino. Hoy es lúnes: destinemos el domingo, dia de la Resurreccion del Señor, para perfeccionar la vuestra. Aun nos quedan seis dias; ocupemoslos todos en prepararnos lo mejor que podamos. Jamas será como debemos, pero fiémonos en la bondad divina. Ya es tarde, y es tiempo de que me retire; mañana continuaremos esta materia.

Yo respondí, que estaba pronto á obedecerle en todo, y que le rogaba me ayudase con sus oraciones y consejos; porque yo me sentia tan indigno de este excelso favor, como incapaz de disponerme solo. El me lo prometió, y se fué. Yo Teodoro, quedé desasosegado, pareciéndome que el padre me habia señalado un término muy corto, y acusándome de que el terror se apoderase de mí mas que la confianza. Mi noche no fué ni tan dulce ni tan serena como la anterior; pero en mi primera carta verás lo que me pasó en el siguiente dia. A Dios, amigo.

CARTA XXVII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: esta noche la pasé muy desasosegada. A pesar de cuanto me dijo el padre para tranquilizarme, la inquietud que él mismo ocasionó en mi corazon, no me dejaba reposar. Sentia en mi interior que nada podia destruir la conviccion íntima de mi indignidad. ¡Que! me decia á mí mismo, ¡un miserable que ha pasado su larga vida en lo mas profundo de la corrupcion, irá tan presto, y sin ninguna penitencia á sentarse en la mesa preparada para los amigos de Dios? Estas ideas me afligieron toda la noche. La memoria de mis muchos delitos, sobre todo la de algunos mas execrables, y que punzaban mas mi corazon, me llenaba de horror.

Pero la idea que en aquel momento se despertó con mas viveza, y me perseguia con tenacidad, fué la imágen de un hombre que acababa de mo-

rir á mis manos. Este espectáculo que no se apartaba de mi memoria, no me dejaba sosegar un momento. Procuraba consolarme, pensando que aquel lance mas parecia una desgracia que un delito; que el extrangero fué víctima de su furor, y no de mi venganza; que habia sido tan injusto como violento, que me habia provocado, que mi primera intencion no fué matarle, sino defenderme; que me habia forzado á darle la muerte, por no perder la vida á manos de su brutal fiereza; pero por mas que me representaba lo que podia servirme de disculpa, no se me ocultaba que yo habia sido la primera causa del estrago.

En todas partes veia á este infeliz postrado en tierra por mi feroz brazo: veia delante de mí el suelo que yo manché con su sangre: pensaba en su alma inmortal, que yo habia quizas precipitado en una suerte eternamente infeliz, pues no podia disimularme su mala vida, sus costumbres corrompidas; y que cuando no me horrorizara este conocimiento, el modo solo de su muerte era un delito. Me indignaba contra mí mismo, considerando que era mi bárbara mano la que le habia cortado el tiempo de convertirse, todos los medios de penitencia, y toda esperanza de perdon. Creia verle en medio de tormentos sin fin, de tormentos que yo merecia, y en que estaria tambien el infeliz Manuel.

La imagen de este se juntaba para afligirme

mas, y completar mi horror; pero por lo ménos me consolaba con el pensamiento de que, aunque cómplice y compañero de sus excesos, no fuí el autor de su postrer desgracia. La del extrangero me llenaba de mas terror; era un cruel torcedor que me oprimia el pecho, una sierpe feroz que me roia las entrañas, un puñal agudo que me destrozaba el corazon. ¡Qué! gritaba sin poder contenerme, ¡yo he muerto á un hombre! ¡Yo puedo ser causa de que esté condenado á penas irrevocables, á dolores eternos! ¿y me atreveré con las manos bañadas todavía de su fresca sangre, con el pecho rasgado por tantas furias, á recibir al Dios de la paz y del amor?

Estaba entre estas violentas agitaciones cuando llego la hora, y con ella mi santo conductor. Cubierto de lágrimas le expuse el estado lamentable de mi alma, y le pedí con ansia difriese el tiempo de mi comunión, que me diese tiempo para hacer penitencia rigurosa, y lavar ántes con mi propia sangre tantos delitos, y sobre todo la sangre de que me sentia cubierto. El padre escuchó con paciencia la larga expresion de mi pena, se enterneció conmigo, ví correr lágrimas compasivas de sus modestos ojos, y despues de haber procurado sosegar me, hizo que nos sentásemos, y me habló de esta manera.

Vuestro dolor es justo, señor. Vos habeis empleado muy mal vuestra vida, vos habeis ofen-

dido mucho á Dios. Todo debe afligiros, y no extraño que la muerte de un hombre os cause remordimientos tan voraces. Quitar la vida á un hombre, es uno de los mayores delitos. Dios, que es el que solo puede darla á todos, es él solo tambien quien la puede quitar; y el hombre que se atreve á quitar la vida á otro, insulta su soberanía, ultraja su magestad, y se hace reo de todas las consecuencias. Vuestros temores son bien fundados; Dios señala el tiempo á su justicia, y segun las luces de la fe todo debe temerse de tan fatales circunstancias.

A la verdad es mal estado para perder la vida haberla pasado en tanto desórden, sin haber tenido tiempo para apelar á la penitencia, y es un delito nuevo el haberla perdido, violando en el mismo lance todas las leyes divinas y humanas. Entonces á una vida horrosa acompaña una muerte escandalosa: todo es horrible en suceso tan trágico, todo es temible; pero Dios es un tesoro de bondad tan escondido como inagotable, y tiene recursos de misericordia, que no penetran los hombres. A nuestra fe y nuestro respeto no ha dejado otro arbitrio que el de humillarnos, arrepentirnos y someternos, adorar los arcanos de su sabiduría impenetrable; y llenos de la idea de su infinita misericordia, esperar contra la misma esperanza.

Esto no quita que nuestro dolor no deba ser

vivo, nuestras lágrimas continuas, y nuestra penitencia incesante; pero cuando el mal ha sucedido, cuando ya es imposible al hombre remediarlo, cuando no hay medio de que no sea lo que ha sido, ¿qué puede hacer el hombre miserable á quien Dios se dignó de abrir los ojos y demostrarle sus errores, sino llorarlos implorando su clemencia? El pecador se ve lleno de terror, cubierto de iniquidades, digno de todos los castigos; pero si su propio conocimiento le atemoriza, ¿cómo no le alentará la esperanza, cuando levanta los ojos, y ve en el Dios poderoso que ha ofendido, un amoroso Padre que le aguarda, y que no espera mas que un suspiro sincero de su corazon, un verdadero arrepentimiento para perdonarlo todo? Cuando le ofrece en los méritos de su Redentor un tesoro superabundante, no solo para desquitar sus delitos, sino todos los del universo, ¿qué puede hacer, digo, sino echarse á los piés de esta misericordia que le espera, abrazarse con la cruz, que es el canal por donde le comunica su perdon, y el instrumento que en falta de sus méritos le hace propios los de su Dios? En fin, ¿qué podrá hacer sino recurrir á los medios que la bondad divina le proporciona en los sacramentos de la Iglesia?

Vos lo habeis hecho, señor: vos me habeis contado con dolor, y como á ministro del Dios que habeis ofendido, ese y los demas de vuestros de-

litos; yo en su nombre os he perdonado ese y todos los demas, y espero que su inmensa piedad ha ratificado en el cielo mi absolucion. En esta parte hemos cumplido con uno de los medios que nos propone; nos queda otro, y es el de la Eucaristía. Vos os teneis por indigno: teneis razon. Y este sacramento no es para los dignos, porque no hay hombre que lo sea; no es para los que son indignos, y no piensan en dejarlo de ser, porque le profanan, y se hacen mas indignos; pero es para los que han sido indignos, y ya quieren dejarlo de ser.

Así es, señor: si este sacramento es para los justos, porque Dios se complace en venir al seno que adorna con su gracia, y en añadir fuerza al fuerte, tambien es para el débil, que despues de haber perdido á su Dios le viene á buscar arrepentido; tambien lo es para sostener al que todavia mal seguro entra ya en en el camino del cielo. Ea, señor, alentaos; reconoced con humildad que todavia no podeis juzgar de las cosas de Dios. Vos podeis y debeis pensar en su presencia que no sois digno de bien tan soberano; ¿pero no lo fuérais mas si con este motivo tuviérais el orgullo de querer gobernaros por vuestro propio juicio? ¿No sabeis que la obediencia vale mas que el sacrificio? ¿Y quién es el que os dice que os prepareis para venir á la mesa divina? El hombre que Dios os ha destinado para que os recon-

cillie con él, el amigo á quien habeis confiado vuestros delitos mas secretos, y conoce ya toda vuestra iniquidad, el que os ha escuchado como ministro de Jesucristo, y que os lo dice en su nombre. ¿Qué podeis pues hacer sino obedecerle?

Sabed, señor, que Jesucristo no vino á la tierra por los justos sino por los pecadores. Sabed que él mismo los convida á estos (1): *Venid á mí, decia, todos los que estais cargados y fatigados, que yo os aliviare.* ¿A quienes llama, señor? No es á los que estan libres, y vuelan con las alas de la gracia, no es á los que andan con facilidad este camino, porque no tienen peso que los abrume; es á los que estan cargados de pecados, á los que estan fatigados con sus iniquidades. Parece que á proporcion de que su carga es grande, les da derecho para acercarse mas á él, cuando ya le buscan arrepentidos. Así, pues os considerais uno de los mayores pecadores, tambien debeis considerar que sois uno de los que llama.

¿Y por qué haréis á la gracia el agravio de creer que no haya podido lavar vuestras culpas, y que no sea capaz de sosteneros? Sin duda que para accion tan santa es menester probarse, como dice el Apóstol; pero esta prueba no es tan difi-

(1) Matth. xi. 28.

cil, y solo se pueden engañar los que quieren. ¿Qué se pide del pecador? Que esté sinceramente convertido, que deteste sus errores pasados, que esté seriamente resuelto á no cometerlos otra vez, y á tomar todos los medios de conseguirlo, que esté bien confesado, y que venga con un deseo sincero y ardiente de unirse con Jesucristo, que ha bajado del cielo para unirse con él.

Ved aquí todo lo que se pide. Yo no dudo que estos sentimientos reinan en vuestro corazon: esto basta. La santa Eucaristía hará lo demas; y léjos de que nuestra pasada indignidad, ó el temor de nuestra flaqueza nos alejen, debemos buscar en ella el remedio de estos mismos males. Con tal que nuestro corazon lo desée, ella sabe repararlo todo, ella perfecciona nuestras intenciones, y nos da la fuerza de ejecutarlas. El mismo Jesucristo nos ha dicho, que el que se alimenta de su cuerpo, vive por él (1): *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me.*

Es pues la comunión misma la que os hará practicar todas las virtudes, la que os enseñará á separaros cada vez mas de las ilusiones del mundo, á despreciar todo lo que debe acabarse, á arrancar de vuestro corazon todo lo que no es digno del Dios que habita en él, y á poner en lu-

(1) Joann. vi. 58.

gar de los vicios que destruyen, las virtudes que vivifican. La frecuencia de la santa mesa os dará un gusto nuevo de la oracion, del retiro y de todos los ejercicios de la vida cristiana. Con el uso de este manjar divino adquiriréis fuerzas para resistir á los peligros, huir de las ocasiones, y defenderos contra vuestra flaqueza propia; en fin, el uso mismo de este pan celestial os pondrá en estado de acercaros al altar mas dignamente. Una comunión debe servir de preparacion para otra. Alejarse de ellas es el mayor peligro, porque con eso crece progresivamente la tibieza, se enfurecen las pasiones, Jesucristo se ausenta, y el hombre se endurece en el pecado.

No se puede pedir de un pecador, que ha estado largo tiempo ciego, y á quien ha movido la piedad de Dios, que de repente tenga toda la perfeccion que exige tan alto misterio. Tampoco se ha de imaginar, que la sagrada Eucaristía deba desde luego establecernos en un estado inmutable de justicia. Esto no se concede en la tierra; es el privilegio del cielo, donde Dios se manifiesta en toda su hermosura al alma bienaventurada, la penetra de los ardientes fuegos de su amor, y la reduce á la dichosa impotencia de ofenderle.

Nadie ignora que en la tierra la vida del hombre es una tentacion continua; que se han visto tristes ejemplos; que tal vez hasta los justos han contristado la Iglesia con funestas caídas, y que

el que está en pié debe estar siempre con cuidado para no caer. Así solo le pide que su disposición actual sea buena, y que implore con confianza el socorro del cielo para mejorarla mas cada dia; que despues de haber tomado el remedio, no se le vean los mismos males que ántes; que si no está perfectamente curado, esté á lo ménos como un convaleciente, que se va sucesivamente fortificando; que manifieste que ya corre en sus venas la sangre del Salvador, que procura parecersele en algo, y que tiene ya sentimientos dignos de tanta elevacion.

El que come mi carne y bebe mi sangre, decia Jesucristo (1) se queda en mí, y yo me quedo en él. No dice: Se une conmigo, sino se queda en mí. Tampoco dice: Me uno con él, sino me quedo en él: esto es, establezco, formo en su corazon una mansion fija, sólida y durable; hago con él una alianza firme y constante. En efecto, señor, una santa y humilde comunión llena al alma de tantas gracias; Jesucristo se une con ella tan íntimamente, y de una manera tan inefable, que se siente inflamada con vivas fuerzas, y mayor valor. Su fe se aumenta tan sensiblemente, que anda mucho tiempo, como el Profeta, con la fuerza y el socorro de esta vianda santa, y es difícil que el que comulgó con sinceridad y buena fe pueda pasar rá-

(1) Joann. vi. 57

pidamente del mas poderoso remedio de la Religion á flaquezas indignas de una alma cristiana.

Creed, señor, que un terror demasiado puede ser una tentacion. Vos sois indigno; todos lo somos. No hay mortal digno de llegar al altar de Jesucristo, si él mismo no lo hace; pero él quiere que llegemos, él nos convida. El ha abierto un hospital magnífico para curar á todos los enfermos, y el remedio es su propia sangre, remedio infalible cuando se recibe con fe y amor. Sciria faltarle no venir. Solo un enemigo de sí mismo puede no aprovecharse de don tan grande. El mas llagado, el que está mas corrompido debe apresurarse mas. Este sacramento es un tesoro para los pobres, y una medicina para los enfermos. Sin duda que es el pan de los justos; pero no deja de ser tambien de los penitentes, y si es la vianda sólida del robusto, es tambien la leche de los que empiezan. Está preparado para todos, y principalmente para los enfermos; porque los que estan sanos no necesitan de médico, sino los que no lo estan.

Todo consiste en nuestra preparacion. De esta depende el fruto que se nos aplica; porque la gracia de este sacramento será proporcionada á la fe y al amor del que le recibe. El en sí mismo es infinito é inagotable; porque contiene á Jesucristo entero, que es el principio verdadero de todas las gracias, y cada accion suya es infinita,

y capaz de borrar todos los pecados del mundo. El Espíritu Santo es el que aplica á los fieles estos méritos, y los aplica á cada uno á proporcion del ardor y eficacia con que los pide. Es un oceano sin fin, del que cada cual saca toda el agua que puede caber en su vasija. El agua no puede faltar, pero ninguno puede sacar mas de la que puede contener su vaso; y al que le lleva muy grande, por el ansia y ardor con que la solicita, se le dice lo que decia David (1): *Abre la boca, y te la llenaré toda.*

¿Y qué es menester para prepararse bien? Una fe muy viva de la presencia de Jesucristo, que viene como Dios y hombre á morar en nuestro corazon; una devocion ardiente y afectuosa acompañada de aquel respeto y reverencia que se debe á Dios. Es pues necesario desterrar entónces de nuestra alma toda imaginacion extranera, todo pensamiento de negocios, para que con libertad y amor se aplique al grande objeto de que se ocupa. No basta haber sacudido todos los pecados por la confesion; es menester sacudir tambien toda otra idea que pueda distraer de la tierna devocion y amor á Jesucristo.

Cuando Moises subió al monte Siná para hablar á Dios, subió solo, y se le mandó que no hubiera en todo el monte ni hombres ni anima.

(1) Psalm. LXX. 11.

les, para que la soledad fuera perfecta, y no pudiera ver otra cosa. Así el que viene á recibir á su Dios, ha de venir con un corazon tan solitario, tan recogido y tan absorto en lo que va á hacer, que en aquel momento no vea otra cosa que á su Dios. Moises tambien se quitó el calzado para pisar con respeto aquella tierra que honraba el Señor con su presencia, porque para ir á Dios es menester despojarse de los objetos terrestres y mortales, que nos distraen, y nos embarazan.

Tanta pureza parece difícil en un pobre pecador, y en efecto es imposible á la naturaleza corrompida; pero todo lo puede con la divina gracia. Es verdad que esta muerte espiritual, este tan general desapropio no es dado á todos, y es privilegio particular de la esposa, esto es, de las almas dichosas que le han obtenido con mucho afan y largos trabajos; pero esperando conseguirlo algun dia, debemos desde luego hacer lo que podamos, y nuestro buen Dios se contentará con la parte que le demos. Ello es cierto, que si el hombre hace todo lo que cabe en su esfuerzo para venir al altar con una devocion sincera y actual, con la reverencia interior, y con la gratitud que debe á don tan alto, tiene mucha razon de esperar en la misericordia divina.

Despues, señor, hablaremos de los medios con que podemos esperar de Dios estas disposiciones;

pero ántes me parece necesario esforzaros á deterrrar de vuestra alma esos terrores exagerados, que recelo sean un artificio de nuestro comun enemigo. Me parece que en estas circunstancias el mayor sacrificio que debe hacer vuestra humildad, es renunciar á su propio juicio. Tened presente que San Pedro se resistia á que su Maestro le lavase los piés con el mismo pretexto de humildad, y que Jesus le amenazó diciéndole, que si no se dejaba lavar los piés, no tendria con él parte alguna. Haced como San Pedro, y decidle, que no solo os lave los piés, sino las manos y cabeza.

Ya este divino Salvador os roció con su sangre en el sagrado tribunal, ya os ha lavado; ahora os convida, ahora quiere venir á vos, y depositarse en vuestro seno. Trae consigo la misma sangre que acaba de lavar lo todo, y aquella carne que á todo da vida; abridle pues las puertas de vuestro corazon. La confianza en su bondad sea mayor, que el temor de vuestra bajeza, y la memoria de vuestros delitos. Yo espero que esta humilde obediencia, unida al conocimiento de vuestra indignidad, hará que lo seais ménos; y pues habiamos escogido el domingo, como el dia en que debiamos cumplir esta grande accion, no habiendo nuevo motivo que nos detenga, no debe tampoco haber razon para apartarnos de resolucion tan santa. No perdamos el poco tiem-

po que nos queda en contestaciones inútiles, y aprovechémosle todo en prepararnos á ejecutarlo lo mejor que nos sea posible.

Yo no pude resistir á las razones y á la autoridad de mi santo director; y le respondí, que no replicaba mas, sino que me sometia á dejarme gobernar enteramente por su prudencia.

El padre me pareció satisfecho; pero apenas empezaba á renovar su discurso y explicarme los medios que debiamos practicar para prepararme cuando oimos tocar á la puerta de mi estancia. Esta novedad nos sorprendió mucho, y nos debia sorprender. Era la primera vez que se nos interrumpia en nuestras frecuentes conferencias. Parece que Dios me habia retirado á aquella santa casa como para que habitase en la region de los muertos, y que ninguna idea del mundo pudiese turbar las de religion y penitencia de que enriquecia mi alma.

Ni el padre ni yo podiamos imaginar quién era el que podia venir á interrumpir nuestra acostumbrada soledad; pero viendo que el golpe se repetia, se levantó, y abriendo la puerta vió que era el portero de la casa, quien le dijo que una persona de fuera habia preguntado por mí y me queria hablar. El padre y yo quedamos confundidos oyendo que un hombre extraño me buscaba, y al mismo tiempo se nos despertaron muchas ideas de terror. ¿Quién podia saber que yo esta-

ba allí? ¿Y qué podía querer de mí? No podía ser mas que un ministro de justicia que habria sabido que yo era el matador del extranjero. ¿Se habrá descubierto que yo estaba escondido en esta casa; y si vendrá á prenderme? El padre hallaba muy verosímil este discurso, y no sabiamos qué partido tomar.

Miéntas duraba estaba confusión, yo me asomé á la sola ventana de mi cuarto, y ví un hombre que se paseaba en el patio. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando reconocí que aquel hombre era Simon! Llamé apresurado al portero para que le viese, y le pregunté si era aquel hombre el que me buscaba: me respondió que sí. Entónces volviéndome al padre le dije que me parecia no habia nada que temer; que aquel hombre era un criado antiguo de mi casa, nacido en ella, y criado conmigo; que de todo tiempo habiamos sido amigos, que era un hombre fiel, y de todos los mortales aquel en quien yo podia tener mas confianza; que no era posible que él fuese capaz de prestarse á nada que fuese contra mí; ántes bien, presumia que su celosa amistad, inquieta de mi ausencia, me habria buscado con ardor, y que no habria parado hasta desenterrarme en aquel retiro, y si no habia otro que él, no habia riesgo alguno en que me viese. El padre preguntó al portero si estaba solo ó habia venido acompañado de alguno, y habiendo sabido que no habia otro, salió,

él mismo para conducirle y traerle á mi cuarto.

Desde que Simon entró y me vió, prorumpió en un diluvio de lágrimas, se echó á mis piés, y abrazaba mis rodillas con las mas vivas demostraciones de amor. Yo me eché á sus brazos para levantarle, pero me fué imposible, y fué menester mucho tiempo para que se pudiera sosegar. El padre deseaba que hablase para saber de él la causa de su venida, y si habia algo que temer; pero Simon sofocado por los sollozos no podia hablar; en fin, despues de bastante tiempo se pudo conseguir que se levantase.

El padre le preguntó cómo habia podido saber que yo estaba allí. Simon le respondió, que despues del dia de mi ausencia no habia hecho otra cosa que correr por todos los alrededores, informándose de mí en cuantas casas, conventos y lugares encontraba; que por desgracia no le habia caido en el pensamiento venir á este convento hasta aquella mañana; pero que habiendo venido y preguntado al portero si yo estaba allí, este respondió que hacia dias que estaba aquí un hombre desconocido; que su corazon palpité con esta respuesta, y le habia pedido le viniese á avisar, porque era muy importante que le hablase; que el portero vino, y que al fin el destino le queria consolar de su mucha afliccion.

Todo esto fué dicho con tanto llanto, y de una manera tan interrumpida, que aunque el pa-